

Alicante

MEMORIAS DE UN EXILIADO



Momentos de Alicante
Gerardo Muñoz

Medio siglo después del comienzo de la guerra civil, **Rafael García Bañuls** escribió sus memorias, todavía inéditas, en las que plasmó sus recuerdos hasta su exilio en Francia. Son 115 folios mecanografiados que constituyen un testimonio valiosísimo de una de las épocas más importantes de nuestra historia y, por ende, merecedor de ser debidamente publicado, difundido y conservado.

Como él mismo reconoce, «nunca estuve entre bastidores, por lo que poco podré hablar de los entresijos que forzaron las circunstancias de la vida en la que me tocó tomar parte». Pero su relato, colmado de datos, eventos y anécdotas, es el paradigma de las experiencias que se vieron obligados a vivir muchos jóvenes alicantinos entre 1936 y 1945.

Nació el 20 de septiembre de 1914 en una casa de la calle Gravina que había sido de sus abuelos paternos: **Antonio García Leal**, herrero, republicano y masón (quien hubo de esconderse «en un nicho del cementerio de San Blas durante varios días para escapar de la represión cuando la caída de la Primera República») y **Pilar Cremades**. «Eran vecinos de pared por medio» de sus abuelos maternos, **Teresa Belando** y **Tomás Bañuls Aracil** (hermano del escultor y pintor **Vicente Bañuls**), que regentaba una posada en la misma manzana donde ahora está el Centro Loyola y que murió atropellado por una diligencia mientras intentaba detener los caballos desbocados que tiraban de ella.

Su padre, **Luis García Cremades**, era maquinista naval y pasaba mucho tiempo en la mar, razón por la cual su madre, **Teresa Bañuls Belando**, se trasladó con sus hijos a casa de los abuelos maternos.

Cuando estalló la guerra en julio de 1936, Rafael tenía 21 años y trabajaba como administrativo en la sede del Banco Central de Elche. Uno de sus compañeros, que «era uno de los que llevaba la cruz gamada en el revés de la solapa», fue detenido, pero gracias al testimonio, entre otros, de Rafael, fue puesto en libertad.

Al final del verano, en el cuartel de Benalúa, se alistó con unos amigos en el Ejército Popular. Fue inscrito en la plana mayor del 2.º batallón, perteneciente a la 4.ª Brigada Mixta.

Al comienzo del mes de noviembre marchó al frente, quedando su brigada encargada de la defensa del madrileño Puente de los Franceses. «Los alicantinos manteníamos la inconsciente costumbre de hablar entre nosotros en va-

lenciano, lo que hacía que muchos nos confundieran con brigadistas internacionales».

Durante la guerra y luego en el exilio Rafael tuvo la suerte de tener cerca a algunos de sus amigos alicantinos: los hermanos **Saoro** y **Seba**, **Sendra**, **Eduardo Rives**... Este último, apodado el Chufa, cayó gravemente herido durante una descubierta en la Ciudad Universitaria. Rafael lo visitó en el hotel Palace, convertido en hospital de sangre. Lo encontró en el pasillo, lo «que me resultó de mal agüero». Tenía una herida en el vientre y todavía no le habían operado, pero «mantenía su particular buen humor». No le permitían beber, pero le dijo «que cuando lo operaran y lo dejaran volver a casa a reponerse, se iría a la Aitana, y en la Font del Arbre pondría una gomita y estaría bebiendo hasta sin gana». Se despidió de Rafael con su habitual «Tot es vida». Volvió a visitarle pocos días después, pero ya no estaba. «Pregunté a uno de los enfermeros por su paradero y me dijo que había muerto el mismo día de mi visita». Buscó su cadáver, pero no lo encontró. «Los restos probablemente habrían acabado en cualquier fosa común de las tantas que hubo en aquellos días. Ya no iría a la Aitana a disfrutar de sus manantiales».

A finales de enero de 1937, pocos días después de ser nombrado teniente, Rafael se sorprendió al enterarse de que su batallón «estaba de plante porque querían permiso». Sin importarles que pudieran ser acusados de sedición, «una sección armada hasta los dientes, con sus fusiles y bombas de mano, se presentó ante el mando de la Brigada a exigir un permiso». Para asombro de Rafael, «les fue concedido un pase de cinco días».

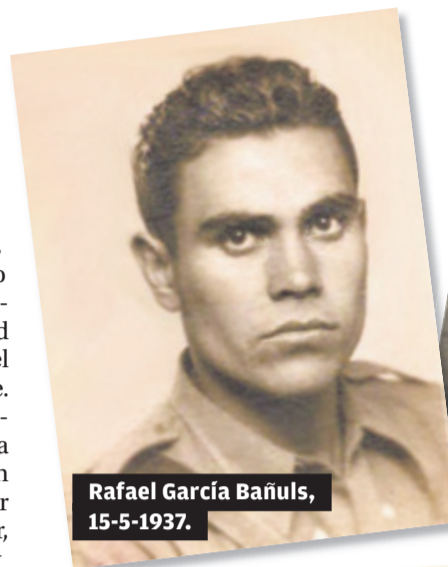
Durante unas semanas fue comisario político de su batallón, pero en febrero se presentó a un curso de capacitación militar, siendo aceptado y enviado a la Academia Popular de Guerra, en Paterna.

A finales de marzo se presentó voluntario para ir al frente del Este. Antes de partir le concedieron dos días de permiso, aprovechándolos para visitar a su familia en Alicante. Tardaría catorce años en volver.

Ya en Barcelona fue destinado al XII Cuerpo de Ejército. Marchó a Cervera y luego a Tárrega, donde estaba la base de la 44.ª División, cuyo comandante **Pastor** era un alicantino al que conocía, y en la que también estaba su amigo del barrio Seba. En su grupo había tres alicantinos más, procedentes del batallón Alicante Rojo.

En la noche del 24 de julio de 1938, los enemigos estaban tan cerca que casi se les oía respirar. Uno de ellos, «de repente gritó algo que ya no olvidaría en mi vida: «¡Rojos, unos por creer en dios y otros por no creer, menudo lío hemos armado!». Era la víspera del comienzo de la batalla del Ebro, larga y durísima, cuyos tremendos detalles se guardó Rafael para sí.

Fue herido en la rodilla izquierda mientras estaba al mando de una compañía especializada en reconocimiento y golpes de mano, por lo que fue llevado en una ambulancia a un hospital de



Rafael García Bañuls,
15-5-1937.



Barracón campo de
concentración de
Figeac. Enero 1941.

Campo de trabajo en Beaulieu
sur Dordogne, 1944.



Tarragona. De allí fue trasladado en tren a la retaguardia, en Figueras, y poco después a un centro de rehabilitación en Barcelona. Allí supo que le habían ascendido a capitán.

Pero la guerra estaba terminando y, tras una larga y penosa peripecia a causa de su convalecencia, se fue al exilio cruzando la frontera francesa.

Fue ingresado en el campo de concentración de Argelès sur Mer. Describe muy bien la gran tienda de campaña llamada el Parnaso, refugio cultural en el que conoció a la única mujer que había en este campo de concentración. Respetuoso con todas las mujeres con las que tuvo alguna relación sentimental, Rafael evita la explicitud y hasta procura tamizar la identidad de las mismas. Pero es evidente, no solo por el nombre, que aquella personificación de **Terpsícore**, la musa de la danza, era **Adela Carreras Taurà**, más conocida luego como Adelita del Campo, que fallecería el día de San Juan de 1999 en Muchamiel. Volvió a verla poco después en el campo de Saint Cyprien, adonde él pidió ser trasladado para alejarse de sus compañeros del Parnaso, molestos por su relación con Adelita.

«El campo de Saint Cyprien se desarrolló como una gran ciudad. Ya todo el mundo tenía techo y había una calle central donde se instalaron toda clase de negocios, como en un zoco árabe». Aquí conoció al doctor **Hombrados**, quien le aconsejó que anduviera por la playa, dentro del agua, para recuperar del todo la movilidad de su pierna. También aquí se reencontró con su amigo Seba. Ambos fueron trasladados a otro campo, en Agde, que estaba dividido en tres subcampos. Curiosamente, mientras los catalanes ocupaban exclusivamente uno de ellos, los pocos

portugueses que había buscaban la compañía del resto de españoles.

Un alicantino decidió regresar a casa, y Rafael le pidió que les escribiera cuando llegara. «Si nos escribía en papel blanco era que no había ninguna represión, que había tolerancia y un cierto perdón; en papel con rayas horizontales que había cierta represión pero aplicada con justicia; y por último en papel cuadrado era simplemente que el vencedor no tenía ningún miramiento con el vencido, prácticamente el terror. Nuestro amigo contestó un mes después invitándonos a regresar, que en España no pasaba nada de lo que aquí se decía, simplemente a los que habían hecho desmanes se les castigaba, que esperaba vernos pronto. Nos escribió en papel cuadrado».

Tras el estallido de la guerra en Europa, fueron varios los campos de concentración o de trabajo en los que estuvo. Luego, ya como hombre libre, trabajó de minero y leñador. Durante una temporada vivió en el caserío de la Cousinille, «la más bella representación del paraíso perdido», pero también de allí se marchó, para seguir vagabundeando con sus amigos Seba y Sendra.

Regresó a Alicante acogido a un indulto decretado en 1952. Tuvo varios trabajos, el principal en la empresa Lloret y Llinars, primero como contable y luego como administrador. Se casó en 1960 con **Emilia Meseguer**. Ella tenía 40 años y él 46. Dos años después nació su único hijo: Rafael.

Rafael García Bañuls, de cuyas memorias aquí solo he podido exponer un minúsculo resumen, falleció en 1995.

www.gerardomunoz.com
También puedes seguirme en
www.curiosidario.es